

www.puntodelectura.com

JOSÉ OVEJERO

China para hipocondríacos

De Nanjing a Kunming

punto de lectura



José Ovejero (Madrid, 1958) vive entre Madrid y Bruselas, donde combina su pasión por la literatura con las colaboraciones periodísticas. Desde que ganara el Premio Ciudad de Irún 1993 con su poemario *Biografía del explorador*, ha cultivado todos los géneros, siendo especialmente reseñables su libro de viajes *China para hipocondríacos* (Premio Grandes Viajeros 1998) y su novela *Las vidas ajenas* (Premio Primavera 2005). Desde su primer galardón hasta el último, el autor ha continuado explorando el género narrativo con novelas como *Añoranza del héroe* (1997), *Huir de Palermo* (1999) y *Un mal año para Miki* (2003), con libros de relatos como *Cuentos para salvarnos a todos* (1996), *Qué raros son los hombres* (2000) y *Mujeres que viajan solas* (2004), y con ensayos como *Bruselas* (1996). Su última novela es *Nunca pasa nada* (2008).

www.ovejero.info

JOSÉ OVEJERO

China para hipocondríacos

Título: China para hipocondríacos

© 1998, José Ovejero

© De esta edición: junio 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2210-2

Depósito legal: B-22.968-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Ordaks

Imagen de portada: AGE FOTOSTOCK / Jon Arnold Images/ Russell Young

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Índice

<i>Nota del autor a la presente edición</i>	9
Las razones del viajero	11
Bruselas-Hong Kong-Nanjing	17
Perdido y hallado en Nanjing	23
Paisaje antes del diluvio	35
¿Qué estoy haciendo aquí?	57
Cheng Laoshi	71
Una noche en la ópera	85
Nanjing bajo la lluvia	101
Últimos días en Nanjing	109
Rascacielos en la isla yerma	121
«El horror...»	135
¿Por qué tiene Buda las orejas tan grandes?	153
La noche más larga	175
Días tranquilos en Xichang	183
Viajeros al tren	207
Autocar <i>versus</i> tren	215

Pero ¿ha existido alguna vez el matriarcado?	221
Dali, parada y fonda	239
Kunming, final de trayecto	249
El largo adiós	253
Epílogo	269
<i>Cronología</i>	275
<i>Bibliografía aproximada</i>	277

Nota del autor a la presente edición

He modificado ligeramente el texto de esta edición. En primer lugar para retocar alguna torpeza estilística que he descubierto en la primera: como suele suceder con los libros que obtienen un premio literario, también éste fue a imprenta muy rápidamente después de recibir el Premio Grandes Viajeros 1998, por lo que las correcciones se hicieron con cierta premura. Y también, todo hay que decirlo, porque soy un corrector compulsivo y no puedo enviar un libro a una nueva edición sin revisarlo.

En segundo lugar, para tener en cuenta los cambios que ha sufrido China desde entonces, que no han sido pocos en un país que crece a un ritmo espectacular desde hace más de dos décadas. Por supuesto, todo libro de viajes es un retrato de un lugar o, más bien, de la interacción entre una persona y un lugar en un momento dado, y su ambición debe ser tener validez literaria después de transcurrido ese momento, independientemente de las transformaciones que puedan haber sobrevenido en la región... y en la persona. Creo que la inmensa mayoría de lo que contienen estas páginas es tan válido hoy como lo era en 1998.

Sin embargo, me ha parecido conveniente advertir a los lectores con notas a pie de página de algunos cambios puntuales: mi descripción de algunos parajes podría haber dado de ellos una visión más idílica de lo que va a encontrar un visitante actual, pues el turismo ha crecido vertiginosamente en los últimos años, y así lo indico en el lugar pertinente. También advierto de otras transformaciones ocurridas desde que escribí este libro, como la evolución de la política de natalidad.

José Ovejero

Las razones del viajero

En alemán hay dos palabras sobre las que más de un traductor y más de un viajero se han devanado los sesos para encontrarles un equivalente en otras lenguas e incluso para lograr comprender exactamente su significado. Dos palabras que los alemanes pronuncian con esa naturalidad con que todos hablamos el propio idioma, convencidos inconscientemente de que aunque las palabras sean distintas, las ideas que reflejan son las mismas en los diferentes pueblos, como si fuese verdad esa leyenda según la cual hubo un tiempo en el que existía un lenguaje universal que Dios destruyó igual que un espejo: cada idioma está compuesto por unas cuantas de sus esquirlas, pero la realidad que reflejan es idéntica, y es sólo cuestión de tiempo el que volvamos a recomponer el rompecabezas. Pero no es cierto; cada idioma tiene sus conceptos intraducibles, porque las culturas dan distintas interpretaciones a la realidad, y el lenguaje no es previo, sino posterior o contemporáneo a esa interpretación. No es verdad que al principio fuese el Verbo.

Las dos palabras a las que me refiero son *Heimweh* y *Fernweh*. Si busco en el diccionario, en ambos casos encuentro el mismo significado: nostalgia, y para la primera,

además, morriña. Pero la traducción no hace ni con mucho justicia a ninguna de las dos palabras, que son dos de las más hermosas, por llenas de significados, de sugerencias, con que cuenta el idioma alemán. En ambas se encuentra el sustantivo *Web*: dolor. En la primera se le yuxtapone *Heim* —hogar— y en la segunda *Fern(e)* —lejanía, distancia—. No se pueden traducir, ya digo, salvo dando un rodeo, es decir, explicándolas.

Heimweb, la añoranza del hogar, es esa sensación que asalta a los niños que se encuentran durmiendo en casa ajena, en la de los abuelos, por ejemplo, y que no conoce consuelo ni entiende de argumentos. Cuando al niño le sobreviene esa añoranza, lo único que puede paliarla es la presencia de los padres y, a ser posible, el regreso al hogar, a los olores, ruidos, colores familiares. Pero tampoco los adultos son inmunes al *Heimweb*; por eso tantas personas, hayan sido o no felices en su infancia, insisten en regresar a los lugares y a la compañía de las personas que frecuentaron en la niñez. Regreso a menudo frustrante, porque ya no hay padres que puedan a uno protegerle, o simular protegerle, del mundo, devolverle a la seguridad de lo conocido —lo conocido convertido ahora en un fantasma que asusta más que consuela—, y el calor del hogar se ha disipado o, peor, no existió nunca. Pero los seres humanos se niegan a asumir la destrucción o la inexistencia del hogar, e incluso, si pueden, lo llevan consigo, encerrado en fotografías u objetos. Los esclavos africanos que llegaron a Cuba convirtieron la ceiba en árbol sagrado. No eligieron uno de los árboles desconocidos con que se encontraron en la isla, sino aquel que les recordaba al baobab, que ya era sagrado en

sus tierras de origen. No, no querían construir un nuevo hogar, sino salvar al máximo la memoria del que habían tenido antes de que se lo arrebataran.

Fernweh: aquí las cosas se complican aún más. La nostalgia o añoranza de la distancia, un desgarró que sentimos por no encontrarnos en lugares lejanos, entre otras gentes, en paisajes cuya apariencia desconocemos, escuchar ruidos cuya procedencia ignoramos, ver animales de los que no sabemos el nombre, soñarnos, si no protagonistas, al menos partícipes de historias de las que aún no habíamos oído hablar. Y de pronto nos entra el ansia de la búsqueda, la pasión por partir, quizá creyendo también que en otros lugares, en otro entorno, seremos más felices, más hermosos, más libres, sin hacer caso al Buscón, quien ya nos advertía contra tal espejismo: «... determiné... de pasarme a Indias con ella, a ver si, mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fueme peor... pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres».

Si el viaje, el regreso emprendido a causa del *Heimweh* puede parecer una acción razonable, con un destino a primera vista concreto y que obedece a un mecanismo psicológico fácil de entender, por mucho que nos demos cuenta de su futilidad, no deja de resultar extraño que personas relativamente cuerdas se dejen dominar por el otro dolor, el de la distancia, y partan una y otra vez con diferentes destinos buscando... ¿qué? Hay quien dice que el *Fernweh* no es distinto del *Heimweh*, pero el primero aquejaría a quienes nunca se sintieron a gusto en casa, son conscientes de ello y no intentan ocultárselo retocando los recuerdos como si fuesen fotografías de

estudio; pero están convencidos de que el hogar existe, sólo que aún no lo han encontrado, y no se halla en el pasado, en sitios que se recuerdan, sino en el futuro, en sitios que se desconocen. Entonces la añoranza de la lejanía respondería al mismo sentimiento que la del hogar, pero asalta a quienes no se conforman con que el hogar haya sido un sitio tan pobre, tan limitado.

Yo no conozco el *Heimweh*. Es un dolor que me resulta ajeno. El resultado de esta carencia —el desconocimiento del dolor no es necesariamente una riqueza— me ha convertido en una persona sin raíces, infiel a mi pasado, incapaz de guardar ausencias: soy consciente de ser un hijo más bien descastado y de que mis fidelidades no se prolongan mucho más tiempo que mi presencia. Cuando cambio de lugar, desaparecen los mundos anteriores que habité, sustituidos por el nuevo al que acabo de llegar. El dolor que yo conozco es el otro. Un dolor que, no exagero, me acosa de pronto, se instala en mi estómago, me inunda de pánico, del terror a morirme aquí, en el lugar en que estoy y que no puede ser el mío definitivo, y me obliga a preparar el siguiente viaje. Viaje que a menudo emprendo solo, porque busco un absurdo que resulta difícil de compartir: pretendo encontrarme a mí mismo en algún otro lugar del mundo, como si fuese el personaje de un cuento de Borges.

Fue así que decidí marcharme a China. No tenía la menor relación con ese país ni sabía gran cosa sobre sus costumbres, historia o paisajes. Del idioma lo desconocía todo. Pero de pronto, en uno de mis accesos de añoranza de la lejanía, me puse a buscar agitadamente adónde ir, un lugar remoto, lo más extraño posible, en el que

fuese un auténtico extranjero —el hablar varios idiomas me da la sensación falsa y efímera de encontrarme en casa en distintos países—, y pudiese sentirme realmente solo. Supongo que hay bastantes regiones del mundo donde me habría sido posible colmar ese deseo. Si me decidí por China fue por dos motivos: el hecho de que el país viviese bajo un régimen comunista, lo que añadía un rasgo más de diferenciación respecto a aquello que conozco; y que, por las noticias que tenía, en China no estaría todo el tiempo rodeado de miseria, como podría suceder en la India o en algunos países africanos: la idea de andar ocupado encontrándome a mí mismo mientras en derredor mío la gente se muere de hambre me parecía difícilmente soportable.

¿Es eso todo? ¿Lo único que me mueve al viaje es el dolor? No, no es cierto; hay muchos más motivos, como la curiosidad por conocer otras formas de vida, el placer que me produce la contemplación de distintos paisajes, la sensación de aventura, el leve gusto narcisista que produce verse a sí mismo en fotografías tomadas en lugares remotos. Pero sin ese otro elemento, la nostalgia de la lejanía, los míos serían viajes organizados, a destinos a los que llega la presencia tranquilizadora de otros turistas, a monumentos en los que cobran por entrar. Porque, ya es hora de que lo confiese, mis características personales no son las del viajero intrépido. Soy un hombre más bien miedoso, alguien que no se siente a gusto en calles sin iluminar y, sobre todo, soy un hipocondríaco que enseguida descubre en sí los síntomas de todas las epidemias y endemias de los países a los que voy. Pero a pesar de ello he viajado solo por toda Europa, he dormido

solo en estaciones de tren llenas de delincuentes y drogadictos que me miraban —¿o eran imaginaciones mías?— con intenciones aviesas, he deambulado por las calles más miserables de Palermo, he buscado una y otra vez la sensación de encontrarme perdido e inerme. Si no fuese por mi enfermedad, el *Fernweh*, me habría conformado seguramente con ser lector asiduo del *National Geographic* desde la seguridad de mi sillón preferido.

Pero no me basta, ya digo. Así que comencé a informarme sobre China, compré un libro y unas cintas para aprender mandarín, elaboré itinerarios, me puse en contacto con varias universidades de la República Popular China, y decidí partir en junio de 1991: un mes lo pasaría en Nanjing aprendiendo el idioma para luego poder dedicar otro mes a recorrer el país por mi cuenta. Para el segundo mes, decidí añadir una novedad: viajaría con Renate, única compañera que conoce mis altibajos, mis miedos, mis ansias y mis entusiasmos, única por tanto con quien puedo compartir recorridos como el que tenía previsto. Viajar con ella era, además, una prueba de fuego para nuestra convivencia: en la vida cotidiana hemos formado un equipo formidable para enfrentarnos a contratiempos y para disfrutar la vida. ¿Se desmoronaría el equipo en un viaje lleno de imprevistos, o añadiríamos algunas combinaciones interesantes a nuestro repertorio? Poner a medias un negocio y realizar un largo viaje con un amigo son dos de las formas más eficaces de acabar con una amistad, e incluso con un amor. Mientras que no atreversa a hacerlo supone imponerle un estrecho límite. El riesgo suele merecer la pena.

Bruselas-Hong Kong-Nanjing

Ahora que me pongo a escribir sobre este viaje, me doy perfecta cuenta de que no podré venderlo nunca como el de un aventurero romántico. Entre otras razones porque no soy ni lo uno ni lo otro, y de los viajes, como de la vida en general, me interesa más lo humano que lo sobrehumano. Los narradores de sus propios viajes, con alguna honrosa excepción, tienden a construir su relato sobre un entramado de exageraciones, omisiones y mentiras cuyo fin es que el protagonista parezca habitar un grabado de Doré, rodeado de abismos sin fondo, de monstruos al acecho, de pavorosas tormentas. Es verdad que a mí también me gustaría de vez en cuando parecer un descubridor, un Ulises, un Stanley —embustero y mistificador por excelencia entre los grandes exploradores—, pero soy consciente de mis propios límites y por eso no me avergüenza casi comenzar el relato del viaje con mi estancia en la universidad de Nanjing, inicio algo burgués y comodón, pero que a mí me pareció una buena forma de aproximarme al país, encontrar puntos de referencia, empezar a entender el espacio en el que me iba a mover durante varias semanas.

Cuando me admitieron en la universidad de Nanjing, decidí establecer una frontera aproximada para mis

movimientos en el Chang Jiang —antes Yangtsé—, por el norte, y en la meseta de Yunnan por el oeste, para que el ansia de ver demasiadas cosas no me llevara a imprimir un ritmo al viaje que me impidiese disfrutarlo. Aún así, el territorio que acababa de delimitar abarca una superficie unas cuatro veces superior a la de la Península Ibérica. Los detalles del viaje acabaría de decidirlos cuando ya me encontrara en Nanjing.

Salí de Bruselas con un vuelo de Cathay Pacific —qué nombre ya tan lleno de sugerencias— con destino a Hong Kong. La mayor parte del viaje la hicimos con las ventanillas cerradas para que la luz exterior no estorbase la visión de las películas que proyectaban. Era como viajar en un cajón y lo más contrario a la idea de viaje que se me ocurre: ninguna sensación de traslación, no se aprecia el cambio de relieve o vegetación, no sabemos si sobrevolamos mares o montañas, salvo porque, entre una y otra película, se proyecta una simulación de la trayectoria donde también se nos indica la altura y la velocidad: como si las cifras significasen más, fuesen más comprensibles, que una mera mirada desde la ventanilla.

De Hong Kong tan sólo vi el aeropuerto, que se encontraba en obras de ampliación. Durante las pocas horas que duró la espera del avión a Nanjing, me entretuve observando el despegue y aterrizaje de los aviones, el ir y venir ininterrumpido, casi en fila india, de los enormes aparatos transoceánicos, que apenas parecían capaces de remontar el vuelo para sobrevolar los altos edificios cercanos al aeropuerto y, poco después, virar en una ajustada maniobra y elevarse por encima de los montes que rodean la ciudad. Allí, en aquel aeropuerto ruidoso, donde

el aire acondicionado revolvió en remolinos el polvo del cemento y la arena, entre andamios y pasarelas de latón, de pronto me llegó la primera sacudida de alegría: estoy en China. Estoy al principio del viaje. Y aunque a mi alrededor no había más extranjeros que en otros aeropuertos del mundo, sentí la satisfacción de encontrarme a miles de kilómetros de mi casa, de mis costumbres, de mí mismo. Aquí, a lo lejos, podría inventarme, durante un tiempo, una nueva vida. Porque viajar, como escribir, es eso: inventar nuevas vidas para escapar a las limitaciones de la propia.

El avión a Nanjing era un aparato de la CAAC —siglas que, como es sabido, significan *China Airways Always Crashes*—. Pasé el viaje releyendo las guías que había comprado antes de salir, especialmente la de Lonely Planet, un clásico para los viajes a lugares que, instalados en nuestro etnocentrismo, llamamos exóticos. Como estaba nublado y apenas se veía el suelo, desplegué los mapas en el escaso espacio que me permitía mi asiento, porque uno de los mayores placeres previos al viaje es recorrer con el dedo los accidentes geográficos, pronunciar reverentemente nombres de ciudades, ríos, cordilleras como si se tratara de mantras, calcular trayectos, encontrarse ya en el país antes de haber puesto el pie en él. También releí las indicaciones sanitarias de mis guías: aunque en los últimos años ha habido algún foco de cólera y peste bubónica —precisamente en Yunnan, una de las provincias que pretendía visitar—, la enfermedad que con cierta frecuencia contraen los viajeros en China es la hepatitis, a menudo transmitida por los palillos de madera que, aunque se lavan, guardan entre sus intersticios el virus.

Por lo demás, las precauciones que hay que tomar en China son relativamente sencillas: no comer fruta sin lavar, sólo beber agua hervida —aunque yo llevaba mis pastillas de cloro por si llegaba a algún sitio en el que no hubiese forma de hervir el agua— y, si se pretende, como era mi intención, ir a Xishuangbanna, la zona subtropical situada junto a la frontera con Laos y Birmania, cuna de numerosas minorías étnicas, tomar pastillas contra la malaria. Yo ya había comenzado a tomar Lariam, aunque, tras leer como buen hipocondríaco la interminable lista de efectos secundarios, había ponderado las ventajas y desventajas de una infección con malaria, frente a otras posibilidades como manía persecutoria, alucinaciones, ¡tendencia al suicidio!, dolores abdominales, daños en el hígado, problemas de la vista, arritmias, síncope y un largo etcétera de posibles efectos indeseados del medicamento. Pero me había decidido por tomar las pastillas. También llevaba polvos de carbono contra la diarrea y sales contra la deshidratación.

Llego al aeropuerto de Nanjing por la tarde. Está lloviendo. El color predominante es el gris: gris del cielo, gris de los edificios, gris de las ropas. Las instalaciones del aeropuerto son tan rudimentarias como era de esperar: parece una estación de autobuses de cercanías. El aire, caliente y húmedo, resulta difícil de respirar después de pasar tantas horas en la atmósfera artificial de aviones y aeropuertos. Al contrario que en Hong Kong, las pistas están desiertas, no hay aviones aterrizando y despegando continuamente. En seguida descubro que mis ojos mariposean buscando lo diferente. Me siento tenso, a la espera del choque cultural. Lo que veo debería

ser exótico, desusado, sorprendente. Sin embargo, lo que más me llama la atención son las semejanzas. Es verdad, tenemos que caminar hasta el edificio donde se recogen las maletas —pero también es así en los pequeños aeropuertos europeos—, los uniformes de los soldados llevan galones y emblemas diferentes, y los rasgos de los rostros son distintos: para ese viaje no hacían falta tantas alforjas. Incluso un grupo de monjas budistas que aguarda sus maletas me resulta vagamente familiar. En lugar de llevar la cabeza cubierta como nuestras monjas, la llevan rapada. Pero son dos soluciones opuestas con objetivo idéntico: hacer del cuerpo algo feo, que no merece el menor de nuestros cuidados, que hay que ocultar o desfigurar para demostrar quien manda —el alma, por supuesto—. Veo en ellas ese gesto adusto que conozco de otras monjas occidentales de cierta edad, la misma mirada no distanciada, como debiera ser en quien se aleja del mundo, sino dura, como es la de quien lo aborrece. ¿O acaso es que mis prejuicios anticlericales me han acompañado hasta casi el otro extremo del globo? Probablemente..., cuando viajar debería ser una manera de sacudirse de encima los prejuicios más fieles.

A la salida del aeropuerto me está aguardando un chino con un cartel en que consigo descifrar algo que se parece a mi nombre. Más por señas que con palabras me da a entender que hay un coche esperándonos.

El coche entra en la ciudad por calles flanqueadas de edificios bajos, modernos pero sin el menor lujo, que me recuerdan los de algunos barrios pobres de Madrid que frecuenté de niño: Palomeras, Entrevías, las partes más retiradas de Vallecas. Pero los letreros están escritos,

lógicamente, en chino. ¡Qué placer no entender nada, ser inmune a la publicidad y a toda esa información inútil que nos vemos obligados a percibir en nuestro propio país! Ante muchos de los pequeños edificios, miserables tenderetes despliegan mercancías que apenas me da tiempo a ver: algunas frutas, piezas que me parecen de bicicleta, repuestos para transistores, comidas preparadas que no distingo. Avanzamos entre centenares de ciclistas, como a contracorriente; el conductor toca casi ininterrumpidamente el claxon, al igual que lo hacen los demás conductores, me digo que porque los ciclistas, estorbados por sus chubasqueros, sólo miran hacia adelante, sin preocuparse de los automóviles. Pero también los ciclistas hacen sonar continuamente sus timbres. Pronto descubriré que la razón es que las señales de tráfico y los semáforos no suponen para los chinos prohibiciones ni órdenes, sino una mera indicación: respetarlas o no es asunto de cada uno. Por eso los que van detrás avisan continuamente de sus movimientos e intenciones a los que van delante. Pero a pesar del desorden aparente del tráfico, los vehículos circulan tan lentamente que no parece posible que puedan ocurrir accidentes graves. Por fin, el coche gira a la derecha, una barrera se levanta, y me doy cuenta de que acabamos de entrar en la universidad.

Perdido y hallado en Nanjing

Una buena posición estratégica es para una población a la vez privilegio y maldición. Nanjing no se escapa a esa norma. Situada en la orilla meridional del Chang Jiang, en un punto donde el río se estrecha antes de abrirse para formar un delta, rodeada de colinas, fue de antiguo considerada un lugar de importancia estratégica y comercial. A ello se deben probablemente los primeros asentamientos en la zona, documentados desde allá por el siglo VIII a.C. y sin duda también es la causa de que cuando China se dividió en tres imperios tras el desmoronamiento de la dinastía Han*, el emperador de los Wu, del imperio del sur, la convirtiese en capital; volvería a serlo de ocho dinastías diferentes hasta principios del siglo XV. Entonces Yongle, el tercer emperador Ming, decidió trasladar la capital a Beijing con el fin de estar en un sitio más cercano a los mongoles, desde donde poder contraatacar rápidamente; fue con motivo de la mudanza que Nanjing recibió su nombre actual, quizá para consolar a sus ciudadanos

* Al final del libro se incluye un cuadro cronológico de las dinastías chinas.

por la pérdida de prestigio: Nanjing, capital del sur, por contraposición a Beijing, capital del norte. No volvería a ser la capital del imperio hasta la revolución Taiping, aunque tan sólo durante unos diez años, los que resistió el régimen cristiano de los Taiping. Posteriormente, en 1911, fue durante unos meses sede del primer gobierno republicano y por último Chiang Kaichek volvió a convertirla en capital desde 1928 hasta la invasión japonesa, y desde la derrota de Japón hasta el triunfo de Mao Zedong. Durante todos esos siglos la ciudad se había ido convirtiendo en un importante centro cultural, religioso e industrial. Sucesivos emperadores y gobernantes construyeron en ella palacios, templos, pagodas, murallas y parques.

Pero, como decía, una buena situación estratégica es tanto privilegio como maldición. Pocas ciudades conocen una historia tan llena de horrores como Nanjing. No podía ser menos en una ciudad desde la que se puede controlar el tráfico comercial del Chang Jiang, protegida por el río de las invasiones bárbaras procedentes del norte y con las espaldas cubiertas por un conjunto de colinas: la ciudad, un tigre agazapado, un dragón enroscado —Mao *dixit*, parafraseando un dicho tradicional, en su poema de título tan lírico «El ejército de liberación popular captura Nanjing»—, despertó el apetito de numerosos señores de la guerra. De poco sirvió la enorme muralla construida por el primer emperador Ming, Hong Wu, en la que trabajaron más de doscientas mil personas durante veinte años: las murallas sirven para contener el avance enemigo pero también pueden ser una ratonera para quienes habitan dentro de

ellas. Aparte de las catástrofes producidas por fenómenos naturales —inundaciones, tifones, pestes—, Nanjing ha sido pasto de las llamas y de la furia de los asaltantes en múltiples ocasiones. Ya en el siglo VI fue Nanjing saqueada, las mujeres violadas, miles de habitantes asesinados por los soldados que participaban en una conjura contra el emperador. Durante siglos se vio azotada repetidamente por revueltas campesinas provocadas por los numerosos inmigrantes que venían a asentarse en las fértiles llanuras del Chang Jiang: el rápido aumento de la población reducía proporcionalmente la tierra disponible hasta que el hambre llevaba a los campesinos a organizarse en grupos revolucionarios que intentaban arrebatar sus posesiones a los terratenientes; la lucha por la propiedad de la tierra sería un tema de importancia política hasta nuestros días. En 1842 Nanjing fue asediada y tomada como rehén por la flota británica durante la Guerra del Opio. Sería en virtud del tratado de paz con que se cerró el conflicto que Gran Bretaña obtuvo la cesión de Hong Kong.

En la década siguiente fue el ejército Taiping el que conquistó la ciudad en el curso de una verdadera revolución contra la dinastía Qing, cuyos soberanos eran manchúes y por tanto en aquel entonces extranjeros para los chinos. Los Taiping eran un secta cristiana que se había desarrollado en el sur de China entre la minoría Hakka, inmigrantes de China central que llegaron buscando refugio de las correrías bárbaras que asolaban el centro del país. Uno de ellos, Hung Hsyuch'üan comenzó a tener visiones —después de suspender por tercera vez un examen para convertirse en fun-

cionario público*— en las que se sintió llamado a realizar grandes tareas. Hung tenía una formación religiosa deficiente, pero eso no quitaba ardor, sino todo lo contrario, a su fe: interpretó que cuando la Biblia habla del «pueblo elegido» no se refiere a Israel sino a los Hakka, y que el «reino celestial» era China, y comenzó a rodearse de un grupo de adeptos y a elaborar una doctrina que aunaba lo religioso con lo revolucionario. Poco a poco fue reclutando un ejército con el que derrotó a las tropas imperiales, controló una buena parte del sur de China y conquistó Nanjing, donde instaló la capital. El interés de esta revolución, aparte del que tiene la aventura de una secta cristiana minoritaria en la China budista-taoísta-confuciana, está en su ética y en su concepción de la sociedad, que le valieron numerosos adeptos: los Taiping defendían una doctrina igualitaria, en la que nadie era propietario de la tierra; no establecía diferencias entre hombres y mujeres y condenaba la prostitución así como el consumo de opio y tabaco; las propiedades de los súbditos pasaban a engrosar el erario público, que se encargaba de la redistribución, dando a cada uno según sus necesidades. A pesar de su éxito inicial, el régimen Taiping estaba condenado a morir: por un lado, porque muchas de sus reformas en la propiedad de la tierra se impusieron desde la capital a numerosos pequeños propietarios que no veían con simpatía ninguna que alguien

* Las oposiciones a la función pública son, por cierto, un invento chino. Se comenzaron a celebrar cada tres años a principios del siglo VII para contratar a los funcionarios imperiales; incluían pruebas de filosofía y caligrafía. La Compañía de las Indias puso en marcha, para sus propias necesidades de contratación, un sistema similar en el siglo XIX, que luego se generalizaría en Europa.

del exterior viniese a perturbar la marcha de las cosas; segundo, porque el puritanismo Taiping, aunque admirado en algunos de sus rasgos incluso por los occidentales —que alababan el orden en las ciudades Taiping y la libertad de que disfrutaban en ellas las mujeres—, iba de la mano de un estado teocrático en el que las órdenes del emperador estaban directamente inspiradas por Dios. Poco a poco la situación fue degradándose: los diferentes aspirantes al mando justificaban cualquier arbitrariedad con visiones religiosas, se mataban entre sí alegando instrucciones divinas, muchos dirigentes Taiping predicaban la maldad de la poligamia al tiempo que mantenían decenas de concubinas y vivían en privado una vida que en público habrían calificado de disipada —destino de todos los regímenes puritanos: la corrupción de sus dirigentes—. Por último, si bien los occidentales se habían acercado con cierta simpatía a ese gobierno cristiano, aunque algo extravagante, porque les parecía que las afinidades con él serían mayores que con la dinastía manchú, pronto se desilusionaron: los Taiping no estaban interesados en los occidentales y para colmo perjudicaban el comercio del opio y la tranquilidad en Shanghai. Así, apenas diez años transcurridos desde la entrada en Nanjing de los Taiping —durante la cual murieron centenares de manchúes—, la ciudad fue asediada por las tropas imperiales asistidas por otro ejército imperial, el británico, y por mercenarios europeos y americanos: el subsiguiente bombardeo destruyó buena parte de la ciudad y acabó por expulsar al gobierno Taiping. Para entonces Hung, el fundador de la secta, se había suicidado.

La importancia de la revolución Taiping estriba en la gran influencia que desempeñaría en la ideología de Sun Yatsen, el fundador de la república, y posteriormente en el comunismo chino.

Después, en los años veinte, llegó a Nanjing el ardor purificador de Chiang Kaichek que estaba decidido a exterminar a los comunistas. No lo consiguió, pero verdaderamente hizo lo que pudo. En 1937 les tocó el turno a los japoneses, que durante y después de la conquista de Nanjing hicieron una bestial carnicería entre la población civil: se calcula que murieron de trescientas a cuatrocientas mil personas, de ellas más de cien mil civiles, en una victoria sobre la ciudad que pasó a la historia como «la violación de Nanjing», aunque a quien violaron, como suele suceder, fue a muchas de las mujeres de la ciudad, algunas de las cuales pasaron a engrosar las filas de las esclavas sexuales que los ejércitos japoneses arrastraban consigo para procurar a sus soldados el merecido descanso del guerrero. El último —hoy por hoy— en entrar en Nanjing al frente de un ejército fue Mao Zedong.

¿Queda en el rostro de una ciudad, o en el de sus habitantes, huella del sufrimiento, de la brutalidad, del horror, una vez que la vida vuelve a la normalidad? ¿Hay algo en sus calles que nos haga sentir que estamos recorriendo los mismos caminos que ya recorrieron incendiarios, asesinos, violadores, sus víctimas? Ya me hice una pregunta parecida una vez que, por razones de trabajo, estuve sentado durante un almuerzo junto a la mesa en que comían Milosevic, Karadjic y algunos de sus esbirros. Me pasó el almuerzo contemplándoles, buscan-

do en ellos alguna huella de la maldad: ojos de loco, un gesto de amargura intensa, que les rechinasen los dientes de vez en cuando. Pero lo verdaderamente aterrador en ellos era su normalidad; charlaban y reían igual que mis vecinos de mesa; yo habría podido levantarme, sentarme con ellos y participar en sus chistes y comentarios sin que nada me llamase la atención. Como decía un poeta refiriéndose a los verdugos nazis de Plötzensee, «... seguramente, a veces, sonríen / con una sonrisa no tan distinta / de la nuestra».

Con las ciudades sucede algo similar. Pocas hay que no hayan sido escenario de saqueos, destrucciones y matanzas, pero a menudo las generaciones posteriores pasean por sus calles sin ser conscientes de los dramas que allí han tenido lugar. A veces, en las arquitecturas más recientes, somos capaces de leer las ideas enfermizas que las sustentan: las ampulosas construcciones del fascismo y del estalinismo resultan repugnantes porque estamos familiarizados con sus símbolos, entendemos que su frialdad, sus obsesivas simetrías, su escala megalómana reflejan una perversión ideológica. Más difícil nos resulta reconocer en una catedral gótica o en un palacio barroco la brutalidad de la sociedad en la que se erigieron, porque los hechos y el lenguaje artístico en el que se plasmaron nos quedan más lejanos. En otro momento del viaje tendré una clara demostración de que el horror puede convivir armónicamente con la belleza.

Lo primero que hice una vez que me enseñaron mi habitación en la universidad es lo que suelo hacer en cualquier ciudad a la que voy: salir corriendo a la calle y

perderme en ella. Comienzo a andar sin rumbo fijo, para irme familiarizando con la arquitectura, con la rapidez o lentitud de movimientos de los peatones y del tráfico, para distinguir los sonidos típicos —de los semáforos, de los motores, de las voces—, para averiguar si abundan los mendigos, para husmear entre las mercancías que se ofrecen en los mercados, para hacerme un mapa interior de la estructura de la ciudad: ¿está hecha de calles perpendiculares o diagonales, rectas o curvas, abundan las plazas, los jardines, hay aceras anchas o estrechas?

Nanjing no es una ciudad particularmente atractiva a primera vista —en eso coincide con la ciudad donde hoy vivo, Bruselas—. En los primeros barrios que descubro recorro callejuelas estrechas que me parecen casi idénticas: casas bajas de muros sin pintar o pintadas hace tanto que no resultan mucho menos grises que las fachadas de cemento; numerosas calles con firme de tierra o con el asfalto salpicado de socavones; basuras por el suelo; aire que huele a gasoil y carbón; pequeñas viviendas que a la vez sirven de taller. No se trata de una pobreza pintoresca, sino de un descuido de arrabal. Incluso cuando llego a las avenidas más amplias mi primera impresión no es de agrado: los grandes plátanos y sicomoros que las bordean para proteger del tremendo calor estival —Nanjing tiene uno de los climas más calurosos de China: se la considera uno de los tres «hornos» del país—, ponen un cierto verdor en ellas, pero también proyectan densas sombras sobre las avenidas. Lo que sí me agrada es que a menudo, al doblar una esquina, me topo con un mercadillo en el que me demoro examinando la oferta: herramientas usadas, fruta y verduras, carne tendida so-

bre tablas de madera, anguilas que los vendedores filetean cortándolas a lo largo, huevos danzando en una salsa oscura de olor poco apetitoso, jaulas con grillos, ranas vivas, reparación de calzado o de bicicletas.

Al principio Nanjing me parece una de esas ciudades algo impenetrables en las que no resulta fácil orientarse. Sus calles forman un entramado irregular donde el ángulo recto no parece tener cabida. Sólo una gran avenida que atraviesa la ciudad de norte a sur y dos casi paralelas de este a oeste imponen un cierto sistema en el trazado; y alrededor de una de sus rotondas, junto a la que se levanta un altísimo hotel, parecen concentrarse los comercios más modernos. Me gusta su aparente desorden. También me gusta darme cuenta de que, salvo una pierna pálida que vi asomar de la trasera de un triciclo, aún no he descubierto a ningún blanco. Los chinos con los que me cruzo se me quedan mirando, pero en cuanto les devuelvo la mirada desvían cortésmente los ojos; no me siento agobiado por mi condición de extranjero.

Cuando me canso de recorrer las calles con asombro de campesino durante su primera visita a la gran ciudad, me detengo para reflexionar sobre el camino de regreso. ¿Dónde estoy? Por supuesto, he intentado irme fijando en la dirección emprendida, en dónde he torcido a uno u otro lado, en tal o cual edificio fácilmente reconocible, en esta o aquella encrucijada; pero apenas retomo el camino por el que venía, me doy cuenta de que he perdido completamente el rumbo y la memoria de mis pasos. Y mi conocimiento del idioma no me alcanza para preguntar el camino y confiar en entender la respuesta. Además, no he anotado la dirección de la uni-

versidad, ni sé cómo se escribe o dice la palabra universidad. ¿Cómo preguntar entonces? Aunque llevo un mapa en el bolsillo, no soy capaz de encontrar signos iguales a los de la calle en la que me encuentro. Tampoco he anotado la dirección del consulado, si es que lo hay. Decido volver a emprender la marcha, con la vaga esperanza de toparme con algún monumento reconocible o con un hotel para extranjeros donde preguntar. Entro en una avenida y camino un buen rato por ella, asomándome a las calles que voy cruzando: ¿no he visto yo antes esa casa pintada de azul? ¿Es éste el mismo mercado en el que me detuve hace unos minutos? La noche va cayendo con lentitud estival. Las tiendas comienzan a cerrar; hay quien levanta su tenderete y apila la mercancía en un pequeño remolque enganchado a una bicicleta, mientras otros encienden una lámpara de gas para iluminar la escueta oferta. Poco a poco se despejan de transeúntes las calles, sin llegar a vaciarse, y la algarabía que levantaban antes los timbres de las bicicletas se va diluyendo en tintineos aislados de procedencia incierta. No me queda más remedio que abandonar la avenida para buscar la calle por la que entré a la universidad —un par de días más tarde descubriré que uno de los lados de la universidad, que todavía no conozco, da precisamente a esa avenida—, y adentrarme por calles sin iluminar, avanzando con paso inseguro sobre su firme irregular, sobresaltado por algún repentino timbrazo que proviene de esa oscuridad poblada por bultos huidizos. Empiezo a hacerme a la idea de sentarme en cualquier sitio y dormir recostado contra una pared, no obligado por el cansancio —aunque las piernas me duelen y tengo la cabeza

como llena de paja— sino porque me parece imposible orientarme en la oscuridad. Podría comprar algo de comer en alguno de esos fogones callejeros de los que llega olor a fritura y carbón. Y ya estoy echando mano al bolsillo para comprobar que llevo dinero encima, cuando descubro unos focos amarillentos al final de un muro y me doy cuenta de que acabo de entrar en la calle de la universidad. Riéndome de mi impericia, me vuelvo a la habitación con la firme intención de anotarme los signos y la pronunciación de los principales puntos de referencia. Pero no me arrepiento de no haberlo hecho antes: ¿qué forma mejor de conocer una ciudad que perderse en ella?

